La Vorágine

Un Análisis de la Literatura de José Eustasio Rivera

Joshua Pugel
Prof. Cortés

SPAN 322

7 mayo 2019

 En esta novela modernista por José Eustasio Rivera, *La Vorágine* cuenta la historia de un grupo de mala gente: Arturo Cova y su amor Alicia, su amigo-enemigo Narciso Barrera, el don Clemente Silva, y algunos personajes menos centrales. Están involucradas en la recolección de goma durante la Fiebre de Caucho en Colombia en los primeros años del siglo XX. Este libro está dividido en tres partes, y no hay capítulos definidos, y Cova lo narra en primera persona.

La primera parte, casi 45% del libro entero, sirve para establecer toda la trama. En esta parte, los lectores conocen al personaje principal: Arturo Cova. Es un personaje muy picaresco: nos gusta odiarlo: Es astuto e inteligente e ingenioso. Dicho eso, es obvio que sus malas cualidades superan a la buenas – también es descortés y grosero y maligno y absolutamente misógino. Él y su amante Alicia huyen su hogar y se dirigieron hacia Casanare, en los llanos de Colombia. Conocen a Griselda, una prostituta con quien Cova coquetea mucho, para disgusto de Alicia, quien eventualmente se está secuestrada. También está en esta parte de la novela cuando Cova conoce a los otros personajes – Barrera, Fidel Franco, Antonio Correa, “el Pipa”, y más.

En la segunda y tercera parte de la novela está la acción creciente y el clímax de la novela: en la selva de caucho. En varias veces, Cova considera el suicidio para escapar de la jungla densa que produce alucinaciones en todos los hombres. En la selva, el grupo encuentra al don Silva, un anciano quien ha trabajado como colector de caucho por muchos años. El don les cuenta sobre *La Madona*, una “dueña” de la tierra ahí, quien en realidad es una maestra ladrona, respetada por todos los ladrones de la selva. El grupo encuentra seres increíbles, como hormigas carnívoras, pirañas viciosas, y más. En los “capítulos” que siguen, la mayoría de los personajes se mueren en batalla con otros o se desaparecen en la selva densa, por una manera u otra.

 Al final, Cova y Alicia reúnen, ella embarazada, y tratan de encontrar su dirección entre la selva, pero, como termina la novela, “¡Les devoró la selva!” (Rivera 259).

“¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? ¿Aquellos celajes de oro y múrice con que se viste el ángel de los ponientes, por qué no tiemblan en tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de las cordilleras! ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbra las hojarascas de tus senos húmedos!

 “Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión” (Rivera 127-128).

Estos dos párrafos inician la segunda parte de la novela, donde Cova y sus compañeros enteran a la selva de caucho. Se describe la selva en una manera del realismo mágico, haciéndola más colosal, maravillosa, y aterradora, dándole cualidades humanas por toda la novela.

Este pasaje utiliza muchas estructuras y tropos narrativas, lo más significante, la personificación y la antropomorfización de la selva. El narrador habla directamente a la selva y la alaba en su inmensa gloria y profundidad. ¿Y cuál efecto tiene esta figura retórica en la literatura? Esta personificación se usa para hacer cosas inhumanas más vívidas y asociables. En este pasaje, Rivera usa los verbos activos y humanos y los usa para empequeñecer a los protagonistas con relación a la selva enorme. Estos verbos, como *robar, prometer, temblar,* y *apresurar*, sirven para dar a la selva cualidades humanas, convirtiéndola en su propio personaje.

Además, el autor eligió palabras descriptivas que se intensifican el poder de la selva y la antropomorfizan. Esto es evidente en la frase, “El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta el dolor de la hoja que cae” (127). Es obvio que las ramas no tienen la capacidad de abrazar como entendemos ni ser solidaria con el dolor. Pero esta frase nos recuerda que la selva es un ser vivo, y aunque no puede “sentir” la solidaridad, nos hace creer que tiene una consciencia y sus propios pensamientos, haciéndola el antagonista principal de esta novela.

Estos dos párrafos se evocan un profundo sentido de pequeñez en presencia del misterio y la inmensidad de la selva peligroso. Rivera nos empequeñece con palabras comunes que, de repente, tienen un significado más fuerte. Por ejemplo, la palabra *catedral* no significa mucho en términos normales, pero añadiendo unas palabras – “la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz,” (Rivera 127) – se evoca un sentimiento de convertirse en una hormiga frente a una secoya. También, este pasaje utiliza el fabulismo para dar a objetos normales un sentido de mágico y surrealismo. Esto se ve en la frase, “¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata?” (127). No me sorprendería si esta línea origine de la mitología, que la luz que emite la luna brilla de una lámpara, suspendida por una deidad de la noche. Quizás sea parte de una mitología, y quizás no, pero la escritura de Rivera ciertamente se puede percibe así, y por esa razón, esta oración es mi favorita de este párrafo. Es un tipo de escritura muy original y única, yo no he leído escritura como esta en muchos años – es tan efectivo en personificar un personaje inhumano que me olvido de que la selva no es una persona, sino miles de árboles. Densa y viva, no obstante, sólo son árboles.

Esta descripción se relaciona con la trama de la novela porque este es el momento en que los protagonistas enteran a la selva. Empiezan a entender el laberinto que será su misión, que no será un paseo por el parque. Entienden que ellos son la presa y la selva, la depredadora, en su grandeza infinitesimal. También está en la selva donde la gran mayoría de los personajes enfrentan a su destino – algunos están matados por las tribus indígenas, Berrera ahoga y está comida por pirañas, y algunos, como los “héroes” Arturo Cova y Alicia, se desaparecen en la selva. Este pasaje representa la primera y la última vez que vean la selva desde afuera y por eso, yo diría que este es un pasaje muy fuerte, emocional y físicamente.

Mientras escribo este análisis, estoy pensando en mi abuelo quien se falleció este miércoles. Él estaba ante su propia “selva” a su edad, frente a la decisión de como conquistarla. Al final, él lo dio todo que tenía para superar y durar por 93 años, pero también a él le conquistó la selva. Alguien se puede decir que sea insensivo mencionar algo tan reciente y lúgubre en una manera así, y yo estaba considerando si debo incluirlo en este análisis o no, pero me encuentro que es una buena forma de hacer frente a esta dificultad. Y aunque los dos hombres no podrían ser más diferentes en carácter, me confortan estas similitudes entre las batallas que lucharon.

“Un sentimiento de rencor me hacía odioso el recuerdo de Alicia, la responsable de cuanto pasaba. Si alguna culpa podía corresponderme en el trance calamitoso, era la de no haber sido severo con ella, la de no haberle impuesto a toda costa mi autoridad y mi cariño. Así, con la sinrazón de este razonamiento envenenaba mi ánima y enconaba mi corazón.

“¿Verdaderamente me habría sido infiel? ¿Hasta qué punto le había mareado el espíritu la seducción de Barrera? ¿Habría existido esa seducción? ¿A qué hora pudo llegarle la influencia del otro? ¿Las palabras reveladoras de la niña Griselda no serían mensaje de astucia para decidirme en su favor, calumniando a mi compañera? Tal vez había sido yo injusto y violento; pero ella debía perdonarme, aunque no le pidiera perdón, porque le pertenecía con mis cualidades y defectos, sin que le fuera dable hacer distingos en mí. Agregábase en descargo mío que la *vengavenga* me llevó a la locura. ¿Cuándo, en sano juicio, le di motivo de queja? Entonces, ¿por qué no venía a buscarme?

[…]

 “Aluciando por la obsesión, me reclinaba sobre Clarita, apartándome al reconocerla.

— Chico, ¿por qué no descansas en mis rodillas? ¿Quieres más limonada para la fiebre? —

A veces sentía la tos impaciente de Zubieta en el corredor:

— Mujé, quítate de ahí, que acalorás al enfermo. ¡Ni tu marío que juera! —

Clarita se alzaba de hombros.

“¿Y por qué aquella mujer no me desamparaba, siendo una escoria de lupanar, una sobra del bajo placer, una loba ambulante y famélica? ¿Qué misterio redimía su alma cuando me consentía con avergonzada ternura, como cualquiera mujer de bien, como Alicia, como todas las que me amaron?” (Rivera 97-98)

En este pasaje del libro, se muestra bien los pensamientos del protagonista picaresco. Como vimos en las primeras oraciones del pasaje, Arturo Cova está pensando en lo que pasó hace unos días antes. Después de coquetear con Griselda, él se dio cuenta de que se enamoró de ella, y Alicia lo descubrió. En los próximos días, Cova la vio en el brazo de Barrera, también con Griselda. A él le dio cuenta de que no podría confiar en nadie, tampoco su amante, y este pasaje muestra bien su egoísmo y su actitud farisaico. Cova obviamente cree que es *imposible* que todo eso sea su culpa, que no había *ninguna* manera de prevenir lo que pasó. ¿Y si fuera su culpa? Pues, claro, sólo lo hizo porque estaba bajo la influencia de la *vengavenga,* una poción de amor. Tan privilegiado es, que pueda pensar que nada que hace sea su culpa. Y esto es el factor determinante de lo picaresco: su renuencia a asumir la culpa, incluso cuando claramente es suya.

 En el diálogo al final de este pasaje, Cova está hablando con Clarita, una mujer quien llegó con Barrera a pesar de no confiar en él. Aunque Clarita sólo le trata a Cova con amabilidad, cuidado, y gentileza, a Cova le encuentra difícil confiar en ella al principio, y tan amable que ella sea, Cova sólo la ve como otra prostituta, “una escoria de lupanar, una sobra del bajo placer” (98). Ella revela que sólo está con Barrera para que pueda volver a su hogar en Venezuela, y en un momento de progresismo de actitud, Cova se da cuenta de que Clarita podría ser una confidente y una amiga (y más).

 Este pasaje sirve como un buen ejemplo de la actitud picaresca de Cova porque nos revela sus pensamientos sobre las mujeres en su vida: ama a Alicia, pero coquetea y se enamora de Griselda, y ahora ha encontrado otra amante posible en Clarita. Cova no es leal, y no le importa los sentimientos de las personas de cuales le aman más. En el diálogo, una de las primeras instancias cuando estos dos personajes hablan directamente, Cova asume lo peor de la desconocida. Su reacción inmediata es desconfiar en las personas nuevas. Dicho eso, tiene sus cualidades buenas también. Es desconocido el destino de Clarita al final del libro, no sabemos si ella tiene éxito en volver a su patria, pero Cova lo encuentra necesario ayudarla en cualquier manera que pueda.

 No hay muchos regionalismos en este pasaje, por lo menos, yo no encontré muchos. Sin embargo, una frase me encontré difícil leer: lo que dice Zubieta cuando las dos personas hablan. Estas palabras, como *mujé, acalorás,* y *marío* me confundieron por un ratito hasta que me dio cuenta de que faltan unas letras, en otras palabras, *mujer, acalorarás,* y *marido*. Esta manera de escritura se ve por toda la novela, con palabras basadas en la pronunciación con el acento local. Y estas palabras solamente aparecen en diálogos, de mucho cuando habla Zubieta. En el mismo sentido, las palabras que eligió Rivera en este pasaje nos indican como el autor quería que nosotros sepamos y aprendamos sobre las relaciones entre el protagonista y sus compañeros. Es una persona muy descortés, en hablar y en pensar, y este pasaje lo hace muy obvio.

 A través de la novela, Cova se hace (un poco) más amable y comprensiva cuando ve la crueldad de los otros hombres como Zubieta y Barrera. Este pasaje en la primera parte de la novela representa como Cova siente sobre las mujeres a su alrededor, aunque ellas quieren ayudar y estar amables con él. Clarita le ofrece limonada para calmar la fiebre y las rodillas para que Cova pueda descansar en ellas, y él se niega porque cree que ella sólo es una prostituta sucia quien no le merece respeto básico. Su actitud inmadura y egoísta se le previene hacer amistades reales con mujeres quienes intentan tratarle con respeto y madurez.

 Por esa razón, este pasaje es bastante importante y se relaciona con el resto de la novela porque esta conexión y diálogo con Clarita y Cova marca el comienzo de su ganancia de respeto para las mujeres en su grupo de ladrones, y él empieza a aprender que Clarita y Griselda pueden ser más que “una loba ambulante y famélica,” como dice en la página 98.

Para mí, esta novela fue increíblemente difícil leer. Hay muchos coloquialismos incorporados en el texto que pusieron a prueba mis habilidades de entender el castellano. Palabras como *candongas, talanquera,* y *hatajo*, (todas las cuales aparecieron en un párrafo) resultaron ser muy difíciles entender al principio. Aprendí pronto que era necesario consultar al índice o al diccionario para que pueda traducirlas al encontrarlas.

Además, siento que fue difícil leer esta novela porque estoy vehementemente en desacuerdo con toda la esencia de ser de Arturo Cova. Sí, él es inteligente y astuto pero sus características malas me molestan demasiado. Pero yo sé que esto es el punto central de la literatura picaresca: que los protagonistas, tan horribles que sean, no tienen el propósito de ser agradables, no es su trabajo satisfacernos.

Lo que sí me gustó de esta novela fue la escritura de la naturaleza. Había un pasaje que quería analizar porque las descripciones del cielo y el paisaje son los más bellas que he leído en mucho tiempo, pero elegí analizar otro pasaje en la segunda página. Me encantó este pasaje:

En la lontananza de ópalo … apareció un celaje de incendio, una pincelada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso vuelo, las guacamayas multicolores. (Rivera 62-63)

Sentí que sea importante incluir este pasaje debido a sus características pintorescas. A pesar de todos los regionalismos que incluye Rivera en esta novela, este pasaje se puede imaginar con facilidad en la mente de una persona como yo quien no entiende todos los regionalismos incluidos en este libro. Esta escritura bella compensó la actitud horrible de los personajes.

De todo, este fue un libro bastante interesante, ignorando las dificultades de leer los regionalismos y el vocabulario tan avanzado. En mi investigación de la historia de esta ficción, aprendí mucho de la historia de la Fiebre de Caucho en Sudamérica, tan triste que sea.